

Cuadernos del CILHA N.º 44 – 2026
Publicación continua | Ensayos
ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615
CC BY-NC 4.0 international
pp.1- 11
Recibido: 18/05/2026 – Aceptado: 06/06/2026

Leer y escribir acompañadamente: apuntes para leer el presente con la propuesta de Cristina Rivera Garza

*Reading And Writing Together: Notes on Reading the Present
Through Cristina Rivera Garza's Work*



Gabriela Alburquenque

Universidad Católica de Chile

Chile

g.albqnq@gmail.com

Resumen

Este texto, atravesado por la experiencia personal del duelo y por la pregunta insistente sobre cómo escribir hoy, reúne algunas reflexiones sobre la obra crítica de Cristina Rivera Garza y su relación con el presente latinoamericano. Más que proponer una lectura total de su producción, el texto ensaya una serie de aproximaciones críticas y autobiográficas a problemas vinculados con la política, el duelo, el archivo y la comunidad, ejes centrales del proyecto riveragarziano. A partir de libros, conferencias, entrevistas y otros materiales que conforman el archivo de la escritora, el ensayo indaga en las formas en que su proyecto literario desplaza la idea moderna de autoría soberana para pensar la literatura como una práctica relacional, colectiva y atravesada por otros cuerpos y memorias.

Palabras clave: Cristina Rivera Garza, duelo, escritura

Abstract

This text, traversed by the personal experience of grief and by the persistent question of how to write today, brings together a series of reflections that emerged during the writing of a master's thesis on the critical work of Cristina Rivera Garza and its relationship to the Latin American present. Rather than proposing a comprehensive reading of her work, the text develops a set of critical and autobiographical approaches to questions related to politics, grief, the archive, and community, which constitute central axes of Rivera Garza's project. Drawing on books, lectures, interviews, and other materials that make up the writer's archive, the essay examines the ways in which her literary project displaces the modern idea of sovereign authorship in order to conceive literature as a relational and collective practice, traversed by other bodies and memories.

Keywords: Cristina Rivera Garza, mourning, writing

¿Estoy haciendo honor a la verdad u honor a la ficción, o deshonro a ambas, cuando produzco una escena de la que no fui parte y que reconstruyo a cuentagotas, laboriosamente, muy cerca del trabajo meticulado de investigadores y archivistas, gracias a la existencia de documentos añejos, y tan cerca también de la imaginación?

Cristina Rivera Garza
en *Escribir con el presente. Archivos, fronteras y cuerpos, conferencia del 2023.*

¿Cómo se escribe, cómo poder escribir hoy? Digo, ¿sobre qué soportes escribir cuando todo parece en huida? ¿Está todo huyendo, o es solo la circulación –de mercancías, de imágenes, de datos– que transmite este vértigo? ¿Puede la escritura interceptar la concentración que mueve y sostiene este vértigo? Porque todo circula, pero no todo circula.

La velocidad no es una sola.
Guadalupe Santa Cruz en su ensayo *No toda velocidad del 2011.*

¿Cómo escribir hoy?

Intento leer el presente, pero me cuesta abarcarlo; cómo tomarlo, desde dónde plegarlo, hasta dónde se extienden sus esquinas. Me pregunto por qué se escribe y qué se interviene cuando se hace. La duda es una de mis estrategias de aproximación más frecuentes. Es un efecto, quizás, por venir de una generación criada por abuelos y mamás solteras, por haber nacido huacha en un país que no tolera la incertidumbre. Dudo de todo y nada me es fijo. La indeterminación me parece simple porque me es familiar.

Es difícil entender que se escribe con otros y para otros, por más solitario que devenga el hecho de la escritura. A pesar de su aislamiento, lo confirmamos al leer y escribir: que la literatura es un espacio que convoca a la reunión. Y es en esa reunión donde más me interesa instalar mi palabra. En la comunidad, lugar donde ocurre la contradicción del encuentro con aquello que desborda el yo, lo interpela y desarma.

Escribo para indagar y re- visar o como dice sobre escribir mirando al pasado Cristina Rivera Garza:

Empiezo a hablar del presente con una historia muy vieja, tal vez porque el pasado nunca se va del todo o porque el presente es esta vasta acumulación material de experiencias humanas y no humanas en un tiempo profundo que se extiende hacia el pasado y también hacia el futuro (Rivera Garza, 2023, pp. 17-18).

Escribo sobre Cristina Rivera Garza cuando intento pensar el presente de la literatura latinoamericana porque también como escritora me hago estas preguntas para darle sentido a mi trabajo. Leer entonces a una escritora siendo también yo una implica un doble sentido en este trabajo, un doble riesgo. Por un lado, el de acercarme demasiado a una obra que no solo estudio, sino que también me acompaña en este oficio; por otro, el de descubrir que mientras intento leer las intervenciones críticas de una escritora al presente, también intento darle sentido a mi propia relación con la escritura y con el mundo en este tiempo.

Por casi un año reviso libros, vídeos, audios, fotografías, entrevistas, conferencias, artículos, capturas de pantalla y textos de toda clase que constituyen su archivo. Se trata de un archivo disperso, digital, masivo e inmediato que me permite confirmar rápidamente que, a diferencia de otros

casos que he estudiado, a diferencia de la mayoría de los casos que he estudiado, estoy frente a una autora cuyo archivo resulta especialmente contundente por las condiciones contemporáneas de circulación de la literatura. Más que inaugurar una relación nueva entre escritura, imagen, mercado y presencia mediática, el presente intensifica y vuelve particularmente visibles esos vínculos, obligándonos a pensar la literatura latinoamericana fuera de ciertas categorías heredadas del siglo XX.

Ya en 2012, Josefina Ludmer, quien leyó en profundidad la relación entre literatura, nación y sujetos en el siglo pasado, nos advertía de este desplazamiento al especular sobre la transformación del escritor en un personaje mediático dominado por la imagen. En su conferencia *Lo que viene después*, proyectaba:

Lo que importa, lo que se impone en un escritor en este momento, primero, es su imagen. De modo que a partir de la imagen, a partir de todo ese lugar mediático (porque aparecen las imágenes en televisión, en revistas) a partir de ahí se abriría el camino de la lectura si es que llega a ocurrir (Ludmer, 2012, 00:44:40).

Quizás por la saturación de la presencia autoral que advierto en el presente, que no me incomodaría de no ser porque muchas veces desplaza el valor de los textos por condiciones de simpatía que poco tienen que ver con la escritura y mucho con una imposición del mercado, la circulación excesiva de las imágenes y la velocidad exacerbada de las redes sociales, se me hace urgente volver sobre los diagnósticos ludmerianos. Para noviembre del 2012, Ludmer delineaba el reverso de lo que ya leía desde los años dos mil: una escena cultural donde la literatura torció sus fronteras conocidas para volverse *postautónoma*. Esto no quiere decir que las instituciones literarias hayan desaparecido, sino que se han *agujereado*. Lo que define a estas escrituras entonces, ya no es la

pureza de los géneros, sino *el éxodo*, un constante entrar y salir de sí mismas para contaminarse con lo otro: con el testimonio, con la crónica, con la antropología o con la memoria material. En algún momento, dirá, ni siquiera importa si son o no son literatura. Las escritoras dejan de habitar entonces la torre de marfil letrada y devienen activistas, *performers* o archivistas de su propio tiempo

Precisamente, en esa oscilación fronteriza es donde me interesa leer la producción de Cristina Rivera Garza. A pesar de que reviso su obra con la rigurosidad de estudiarla durante más de un año, no busco construir aquí una lectura total de su producción ni un perfil intelectual que fije su trayectoria. Me interesa, más bien, indagar en sus intervenciones críticas al presente como una intelectual del siglo XXI; observar cómo su escritura disputa la hegemonía discursiva de un tiempo dominado por los lenguajes del mercado y el neoliberalismo para insistir todavía en llamar a lo político, invocar su nombre, incluso habitando y circulando en ese mismo espacio que busca neutralizarlo.

Pero también, si me pregunto tanto por el presente de la literatura latinoamericana, es porque necesito entender por qué escribir cuando todos mueren y, al parecer, vamos a seguir muriendo. Como mi papi, Tomás Alburquenque Salas, que falleció el 24 de diciembre de 2025 luego de una agotadora e injusta lucha contra el cáncer. Durante meses, en paralelo a la escritura de algunas de estas ideas, vi cómo la enfermedad reorganizaba la vida cotidiana de nuestra familia y también nuestra relación con el tiempo y el lenguaje.

Como muchas escritoras, escribo para entender. Escribo para pensar en relación con el lenguaje, que es el código que entiendo y que me seduce, aunque a veces también me expulsa. No poseemos el lenguaje; no tiene dueño, y eso es fácil olvidarlo. Cristina Rivera Garza nos lo

recuerda constantemente, especialmente en *Los muertos indóciles* (2020), al pensar el potencial del lenguaje como herramienta colectiva, común y desposeída. Lo que me atrae de su proyecto es precisamente la potencia con que desplaza la figura del autor soberano para devolver la escritura a una zona más relacional, atravesada por otros cuerpos, voces y archivos. Es una atracción por sus modos colectivos, críticos y políticos en un presente que insiste en el aislamiento y la neutralización de toda forma crítica o política.

En un momento en que se nos exige producir rápido y sin mirar atrás, estos apuntes insisten en la lentitud del pensamiento y en la necesidad de constituir pensamiento crítico. No buscan cerrar interpretaciones ni estabilizar sentidos; insisten, en cualquier caso, en abrir preguntas sobre la posibilidad de seguir escribiendo y leyendo, en medio de la violencia de nuestro presente, con toda esa impunidad suelta por las calles y tanto silenciamiento.

Leer y escribir acompañadamente

Escribía Tamara Kamenszain en *La boca del testimonio* (2007) que cierta poesía testimonial estaba hecha para “recibir en la propia boca el aliento del otro” (p. 12). Mientras leo a Cristina Rivera Garza, resuena esa idea de Kamenszain en mi cabeza. Desde hace tiempo, una intuición ronda parte importante de la literatura latinoamericana: cuando escribimos y leemos, al leer y escribir, no estamos solas. Pero admitir que no estamos solas cuando escribimos o cuando leemos no quiere decir que la literatura no esté también plagada de soledades infinitas. Quizás una de las potencias de la escritura sea justamente esa: que dos soledades se encuentren por medio del lenguaje.

Parte importante de esta reflexión aparece en *Los muertos indóciles*, libro fundamental para comprender el modo en que Cristina

Rivera Garza piensa la escritura no solo como práctica estética, sino también y quizás sobre todo, como intervención crítica sobre las formas contemporáneas de producir subjetividad, memoria y comunidad. Se trata, al final, de un proyecto que constituye parte de su activismo de escritura como indica la nota de la autora a la edición de 2020:

Más que piezas académicas, eran misivas urgentes desde un mundo que se desmoronaba a gran velocidad frente a mis ojos y al que era cada vez más difícil explicar con las verdades manidas o las herramientas ya desgastadas por el uso. Escribí cada ensayo libremente, en un estilo abierto para audiencias más grandes, independientemente de la complejidad y oscuridad del tema. En mi opinión, *Los muertos indóciles* sigue siendo hasta hoy un libro de activismo de escritura (Rivera Garza, 2020, p. 18).

Fundamental a estas alturas para la crítica latinoamericana contemporánea, este volumen constituye la piedra angular de la propuesta teórica de Rivera Garza. En sus páginas, la escritora de *Nadie me verá llorar* (1999) reflexiona de manera sostenida sobre uno de los desplazamientos medulares de su propuesta: la idea de que la escritura podría dejar de entenderse como propiedad privada desde una voz soberana para convertirse en una práctica relacional, atravesada por otros.

No poseemos el lenguaje, no tiene dueño, recuerdo al momento de hablar sobre sus *necroescrituras* y la *desapropiación*, dos categorías sobre las cuales sostiene la base de la *comunalidad* en la escritura. Pero la desapropiación para Rivera Garza no funciona únicamente como procedimiento literario. Se trata, más bien, de una posición crítica frente a la idea moderna de autoría. Escribir desapropiadamente implica reconocer que toda escritura está hecha de materiales compartidos: citas, conversaciones, lecturas, voces ajenas, restos documentales, recuerdos colectivos. Las escrituras desapropiadas

nos recuerdan que ningún texto surge completamente desde sí mismo.

A pesar de que la soledad podría pensarse como uno de los grandes tópicos de la tradición latinoamericana, Rivera Garza insiste en otra dirección. Sus referentes para pensar la comunidad transitan desde Jean-Luc Nancy con su *comunidad inoperante* hasta la noción de *comunalidad* de Floriberto Díaz, y apuntan a una certeza radical: la de que toda lengua está habitada por otros. Para la autora de *El invencible verano de Liliana* (2021) escribir no es un acto de aislamiento, sino una práctica cotidiana de escucha y acompañamiento que discute directamente con el mito del genio excepcional e individual: “Escribir no es soledad. La escritura está al alcance de todos los que practicamos el lenguaje. La escritura, de hecho, es nuestro alcance” (Rivera Garza, 2020, p. 395).

Proponer este desplazamiento de las formas de propiedad en la literatura moderna tiene consecuencias importantes en nuestro presente. Mientras la lógica neoliberal insiste en formas cada vez más privatizadas de producción cultural e incluso la identidad se convierte en capital simbólico extraíble y consumible, Rivera Garza nos propone una imaginación distinta de la escritura como una práctica común, vulnerable y abierta a la contaminación con otros. Por eso en sus textos aparecen constantemente archivos, documentos, fotografías, testimonios, expedientes y voces que traen al centro el trabajo con la comunidad y sus archivos. No como simple acumulación documental, sino también como forma de interrumpir la ilusión de la autonomía autoral. La escritura se convierte entonces en una zona de montaje y relación entre materiales heterogéneos; no atendemos ya a luchar con los fantasmas de otros autores para tomar su lugar en el campo de batallas que es la escena cultural, nos sentamos a la mesa con ellos y escribimos acompañadas por sus presencias.

Hay algo particularmente significativo en esta operación cuando se piensa desde aquí, América Latina. Si la ciudad letrada, como propuso en 1984 Ángel Rama, funcionó históricamente como dispositivo de administración cultural del poder, en Rivera Garza la escritura aparece más bien como posibilidad de desmontar ciertas jerarquías del discurso. El lenguaje y su trabajo en la palabra escrita deja de ser garantía de autoridad para convertirse en espacio de disputa. Podríamos decir que incluso en el momento aparentemente más íntimo de la escritura comparecen voces, archivos, restos, memorias y comunidades. La escritura no sería, entonces, un retiro hacia el yo, sino el lugar donde, retornando a Kamenszain, recibimos la prueba de vida del otro.

Contra la clausura liberal

Al revisar el momento de ingreso al campo cultural de Cristina Rivera Garza, me detengo en una escena de 1990. Entre agosto y septiembre de ese año, pocos meses después de la caída del Muro de Berlín, se realizó en la Ciudad de México el encuentro “El siglo XX: la experiencia de la libertad”, organizado por la revista Vuelta y dirigido por Octavio Paz. El evento reunió a hombres intelectuales de distintas partes del mundo para pensar el cierre del siglo y el nuevo orden político que comenzaba a consolidarse tras el derrumbe de los grandes proyectos revolucionarios.

Me interesa la escena no para construir una oposición simple entre Octavio Paz y Cristina Rivera Garza, sino porque allí se parece condensar algo de la sensibilidad de fin de siglo en América Latina. Tengo la impresión de que, después de las dictaduras, de los totalitarismos y de las grandes violencias políticas del siglo XX, el horizonte democrático liberal aparecía como una promesa posible de estabilidad para el tiempo que venía. En su discurso inaugural, Paz señalaba:

Vivimos el fin de un período histórico y el comienzo de otro. Dos grandes guerras, varias revoluciones y otros trastornos sociales y políticos han marcado nuestro siglo. Muchos pueblos y muchas tierras han sufrido prolongados eclipses de las libertades públicas. La clase intelectual —si es que los intelectuales son una clase— tampoco ha salido indemne de esta gran prueba histórica. Nuestro siglo ha sido el de la trahison des clercs, como llamó Benda a la desertión de los intelectuales. La enfermedad totalitaria contagió a filósofos y a poetas, a dramaturgos y a novelistas. Pero no todos cedieron y es imposible olvidar a todos aquellos escritores que hicieron, desde 1920, una crítica lúcida y valerosa a los dos grandes sistemas totalitarios modernos, el nazi y el comunista. En la memoria de todos nosotros están los nombres de los intelectuales que se han enfrentados, rodeados de hostilidad, a los despotismos del siglo XX. La lista es grande. El número de las víctimas también es largo y está compuesto por poetas y novelistas, filósofos y pintores, músicos y periodistas. Entre esos combatientes por la libertad se encuentran muchos de ustedes, que han padecido cárcel, destierro y vejaciones por sus ideas.

Hoy la revolución pacífica de los pueblos de Europa Central y de la Unión Soviética, así como el regreso de América Latina a la democracia —todavía falta Cuba—, nos obliga a otro tipo de reflexión. El gran tema del pasado inmediato fue la crítica de los poderes enemigos de la libertad: el del tiempo que viene es el de su invención: ¿cómo los pueblos, sobre todo los de Europa del Este y de la América Latina, podrán edificar la casa de la nueva democracia? (Paz, octubre 1990, p. 8).

Leído hoy, ese discurso me interesa como síntoma de un momento histórico específico: el instante en que la democracia liberal comenzaba a consolidarse como lenguaje dominante para imaginar el presente y el futuro de la región. Quizás por eso vuelvo sobre esta escena mientras pienso la escritura de Rivera Garza. No porque su obra funcione como una negación frontal de aquella sensibilidad, sino porque parece desplazarse hacia otra zona del presente; una donde la estabilidad prometida por los consensos democráticos

convive todavía con formas brutales de violencia, precarización e impunidad. Lo que quiero decir es que buena parte de la intelectualidad latinoamericana de los noventa intentaba pensar el tiempo que venía bajo el signo de la transición democrática, Rivera Garza comenzaba a escribir desde otro lugar. Mientras Paz hablaba desde una posición central y legitimada de la cultura latinoamericana, y se encaminaba a recibir en unos meses el Nobel de Literatura, una joven Rivera Garza publicaba sus primeros textos en México e ingresaba al campo literario con una escritura atravesada desde temprano por la fractura, los cuerpos y las zonas inestables de la comunidad a la que le interesaba convocar.

Me parece que buena parte de su proyecto literario y crítico puede leerse como una insistencia en aquello que los relatos triunfales del fin de siglo no alcanzaban del todo a nombrar: las desapariciones, los feminicidios, la violencia estatal, los archivos rotos, las vidas precarizadas. Lo político deja de aparecer únicamente como un gran discurso abstracto sobre la libertad o la democracia para manifestarse en experiencias concretas del daño y en las formas materiales en que ese daño organiza la vida cotidiana. Cristina Rivera Garza escribe, precisamente, desde un mundo donde el presente ya no puede sostenerse sobre promesas de estabilidad, sino que aparece atravesado por el feminicidio, el narcotráfico, la violencia de Estado y la precariedad. Su literatura no intenta ordenar ese caos ni producir una síntesis tranquilizadora; insiste, más bien, en mantener abiertas las heridas para impedir que el daño se vuelva invisible o administrable. Quizás allí radique una de las preguntas más urgentes de su obra y también de nuestro presente: qué implica escribir hoy ante tanta impunidad.

Escribir entre muertos

Frente a las formas contemporáneas de la violencia, Cristina Rivera Garza no escribe simplemente sobre los muertos. Escribe entre muertos, con ellos, acompañada por su inquieta presencia. Esto implica que los muertos aparecen entonces como presencias que acompañan la escritura, la interrumpen y la organizan. Lo que emerge allí no es una estetización abstracta del duelo, sino una práctica de escritura vinculada a experiencias concretas de la pérdida, la desaparición y la impunidad. No se trata, como literaria o narrativamente podría pensarse, de la constitución de una trama. Se trata, mejor dicho, de tramar una narrativa en base a archivos incompletos.

En su reciente Charla Magistral dictada en la UNAM titulada *Cuando la mano feroz de la impunidad te roza la piel* (2026), en la cual nos recordaba que “sus decisiones, incluso siendo literarias, eran sobre todo, políticas”, al repasar el momento en que accedió al expediente judicial del feminicidio de su hermana Liliana Rivera Garza a manos del hombre impune, Ángel González Ramos, nos afirma que la impunidad se percibe, en primera instancia, en la escala misma del documento: en el tamaño mínimo de un documento archivado de prisa, con pruebas incompletas y elementos perdidos. El expediente aparece entonces como la huella material del abandono estatal, pero también como el resto físico desde donde es posible activar otra escritura, una posición crítica. Así, tras recorrer las páginas de *El invencible verano de Liliana*, no nos quedan dudas de que habitar el lugar de la víctima, recibir su historia, “verla a ella”, implica, fundamentalmente, mirarla a los ojos y acoger en nuestra propia boca su aliento suspendido. Frente a la insuficiencia del Estado, aparece entonces la posibilidad del encuentro con la comunidad a través de la literatura como una forma de restituir, aunque sea simbólicamente, memoria,

escucha y presencia allí donde la impunidad produjo abandono y silencio.

Quizás por eso vuelvo constantemente a Rivera Garza mientras atravieso mi propio duelo. Porque su obra entiende que los muertos no desaparecen completamente mientras exista alguien que siga pronunciando sus nombres, leyendo sus rastros o escribiendo desde su memoria. Hacia fines de 2025 dejé casi por completo de escribir mi tesis. La enfermedad y la muerte de mi abuelo volvieron imposible cualquier distancia clínica frente al pensamiento. Leyendo a Rivera Garza comprendí o recordé que pensar también ocurre desde cuerpos que sufren y extrañan. Aun así, en nuestras últimas conversaciones, yo insistía en decirle a mi abuelo, cada vez que lo preguntaba, que la tesis avanzaba bien, aunque ya no escribía.

Si me permito rendirle un tributo aquí a su memoria es porque este es el primer texto que escribo desde que no está, y se lo debo; al menos tres párrafos o todo mi trabajo, después de todo, a él le importaba profundamente mi trabajo, tal vez más que a mí misma en algún momento, y defendía mejor que yo que le diera espacio a mi pensamiento y a las ideas que brotan de mi cabeza. Tuve esa fortuna, la de tener un padre que insistió en mi formación en humanidades, aunque probablemente con el deseo meritocrático que comparte toda una clase en mi país que cree que la justicia nos puede salvar, para modelarme más como una abogada que como una escritora.

También tengo la fortuna de que mi abuelo me leyó muchas veces por la noche en mi infancia. Trabajaba todo el día y, cuando nos encontrábamos, generalmente por las noches, conectábamos a través de los libros. Aunque no tengo registros claros de quién me enseñó a juntar las letras unas con otras, en mi memoria fue él quien me enseñó a leer. Supongo que no aprendemos a leer solo cuando aprendemos a unir

palabras, a construir frases o a seguir signos de puntuación. Aprendemos también a leer cuando escuchamos a los otros leernos y notamos las distintas maneras en que se puede entonar la misma palabra; o la forma que adopta el cuerpo para leer; de qué manera se acomodan un abuelo y una nieta para conectar a través de la lectura. Entre respiraciones, silencios y palabras aprendí a leer junto a él y hoy, gracias a ese encuentro con otro a través de la lectura, escribo.

En abril del 2025, Cristina Rivera Garza conjeturaba:

Alguna vez dije que leer era pensar con otro. Todavía lo creo, pero también estimo que aquella vez, siendo todavía una joven lectora adepta a las declaraciones rimbombantes, me quedé corta. Leer en efecto contribuye al pensamiento crítico. A través de la lectura nos adentramos en la manera de pensar y de vivir de esos tantos otros que no conocemos en persona, pero cuya cercanía nos resulta ineludible e incontestable. El que lee dialoga. El que lee confronta, debate, acepta, rechaza. A veces, las ideas o pasajes de un libro confirman nuestras convicciones haciéndonos sentir acompañados (23 de abril de 2025, 13:10).

Y más adelante en esa misma intervención: “Cuando decimos que conocemos a un autor, o que una autora nos resulta entrañable, es porque hemos estado ahí, respirando con ellos, dentro de sus pulmones. Todas las palabras mediadas por los signos de puntuación son palabras de aliento” (Rivera Garza, 2025, pp. 29-28).

Esta noción de la lectura como acompañamiento, de la lectura como una respiración compartida entre más de dos pulmones, atraviesa buena parte de su proyecto crítico y literario. Hoy, por razones obvias, la conecto con la voz de mi abuelo y con la imposibilidad de hacerle todavía un lugar estable a su ausencia. Quizás por eso insisto en traerlo a estas páginas. O quizás porque, como Rivera Garza o Annie Ernaux, yo también escribo para vengar a los míos. No en el sentido heroico o monumental de

la palabra, sino en uno más íntimo y desesperado: escribir para impedir que ciertas vidas desaparezcan del todo; para resistir la velocidad con que el presente convierte incluso la muerte en una experiencia administrable.

La ciudad feminicida

Intuyo después de leer *El invencible verano de Liliana* que Rivera Garza desplaza la lectura de la ciudad latinoamericana desde la administración de la vida hacia la administración de la muerte. Allí donde Ángel Rama observaba una urbe ordenada por el tejido racional del poder letrado, Rivera Garza mapea territorios materialmente reorganizados por el feminicidio, las desapariciones, la desigualdad y la *necropolítica*. En las ciudades contemporáneas, la violencia ya no aparece como una excepción transitoria, sino como la condición estructural que codifica los desplazamientos y las relaciones entre los cuerpos. Así, en *El invencible verano de Liliana*, atendemos a un México de los años noventa donde todavía no existía el lenguaje para nombrar el feminicidio, aunque el terror ya organizara la experiencia cotidiana de las mujeres. Lo que faltaba no era el daño, era el vocabulario capaz de reconocerlo:

La falta de lenguaje es apabullante. La falta de lenguaje nos maniatada, nos sofoca, nos estrangula, nos dispara, nos desuella, nos cercena, nos condena. Por eso, cuando el grupo feminista Las Tesis organizó el performance «Un violador en tu camino» el Día Internacional Contra la Violencia de Género, en el centro de Santiago, Chile, la pieza tuvo tanta resonancia en tantos lados. Y la culpa no era mía / ni dónde estaba / ni cómo vestía. Se trataba de un lenguaje ya en uso, un lenguaje que diversos grupos de activistas, y diversos grupos de sufrientes, habían puesto a funcionar en juzgados y plazas, en marchas bulliciosas y alrededor de la mesa del comedor, pero que pocas veces antes de ese invierno de 2019 había sonado así. Tan contundente. Tan sin tapujos. Tan verdadero. El patriarcado es un juez / que nos juzga por nacer / y nuestro castigo / es la violencia que ya ves. ¿Sabes

que la primera vez que hablé a la Procuraduría para pedir una audiencia me preguntaron a rajatabla qué buscaba? (Rivera Garza, 2021, p. 34).

La cita anterior demuestra que frente a la administración estatal del olvido y la burocracia de las procuradurías, no basta con producir una cartografía pasiva del horror. Lo que el texto ejecuta es una intervención directa sobre los regímenes de lo sensible. El archivo íntimo y el testimonio se convierten así en tecnologías de resistencia frente a la impunidad y en soportes de producción de memorias y comunidad. Si la ciudad letrada colonial y republicana usó la letra para amurallar el poder, la desapropiación riveragarziana funciona como un desmontaje arqueológico que abre fisuras en esos mismos muros, permitiendo que los cuerpos que sufren e insisten vuelvan a habitar e inscribir su propia experiencia sobre el paisaje de la ciudad.

Escritura y comunidad

No tengo dudas de que la obra de Rivera Garza constituye un faro en la imaginación política de lo común en un tiempo marcado por la privatización del sentido y por la soledad neoliberal. Allí donde el presente produce sujetos aislados, consumidores de experiencias rápidas y discursos individualizados, su escritura insiste en construir formas críticas que apelen a la comunidad. Incluso cuando escribe desde el duelo, la intimidad o la pérdida, Rivera Garza abre una zona compartida donde la experiencia individual aparece atravesada por estructuras históricas, memorias colectivas y formas comunes de precariedad. La comunidad no surge aquí como identidad homogénea ni como reconciliación armónica, sino como experiencia frágil de acompañamiento, que busca disputar las hegemonías discursivas.

En varias entrevistas y conferencias la autora insiste en pensar la escritura desde su relación con las comunidades donde se produce. Escribir con, en este sentido, implica tomar el riesgo de dejarse afectar por los lenguajes, cuerpos y archivos de esas comunidades. Esa insistencia desplaza nuevamente la idea de literatura como acto puramente individual y permite pensar la escritura como una práctica atravesada por responsabilidades éticas y políticas. Hay algo profundamente contrahegemónico en esa operación. Frente a un mercado cultural que promueve constantemente la figura del autor como marca individual, Rivera Garza devuelve la escritura a una dimensión colectiva y relacional. El lenguaje deja de funcionar como capital privado para aparecer como espacio común. Quizás por eso este texto insiste tanto en la idea de acompañamiento. Porque también fueron escritas desde la necesidad de entender cómo seguir pensando y escribiendo en medio de la violencia, del cansancio y del duelo. Porque escribir, en este contexto, tiene la forma de permanecer en relación con el mundo.

Pienso nuevamente en mi abuelo leyéndome por las noches. Pienso en Rivera Garza diciendo que leer es pensar con otro. Pienso en Tamara Kamenszain hablando de recibir en la propia boca el aliento ajeno. Todas esas escenas parecen articular una misma certeza: que la literatura sigue siendo, a pesar de todo, una forma de compañía. Y cómo no, también, una forma en que conjuramos a la comunidad a pensar críticamente en un nosotros. También para eso ensayo esta escritura, para intentar comprender cómo producir presente desde el ejercicio escritural sin renunciar a los otros, cómo sostener todavía una relación con la memoria, con el duelo y con la comunidad, en un tiempo que insiste constantemente en aislarlos.

Referencias

- Kamenszain, T. (2007). *La boca del testimonio*. Norma.
- Ludmer, J. (2012). *Lo que viene después* [conferencia en la Pontificia Universidad Católica de Chile] [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=nI0wBaETdkA&t=1801s>
- Paz, O. (octubre de 1990). El siglo XX: La experiencia de la libertad. *Vuelta*, 14(167) pp. 8-9. https://letraslibres.com/wp-content/uploads/2016/05/Vuelta-Vol14_167_01SgXXOPz.pdf
- Rama, Á. (1998). *La ciudad letrada*. Arca. (Original publicado en 1984).
- Rivera Garza, C. (2020). *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación*. Los libros de la mujer rota.
- Rivera Garza, C. (2021). *El invencible verano de Liliana*. Random House.
- Rivera Garza, C. (2023). *Escribir con el presente: Archivos, fronteras y cuerpos* [Discurso de ingreso]. El Colegio Nacional.
- Rivera Garza, C. (23 de abril de 2025). *Pregón de la lectura de Sant Jordi 2025* [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=EeyrbAlzvqY>
- Rivera Garza, C. (2026). *Cuando la mano feroz de la impunidad te roza la piel* [charla magistral en la UNAM] [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=XqQJis-vlMo>
- Santa Cruz, G. (2013). No toda velocidad. En *Lo que vibra por las superficies* (pp. 25-36). Sangría.